

EL VAMPIRO FANTASMA

EL RAPTO DE UN CADAVER

Aquella noche el sacristán Maclou se había retirado en casa de su viejo amigo Trianco, pescador en la punta de San Mateo. Ambos habían hablado de multitud de cosas, comiéndose empanadas regadas por una buena cida dulce, y las horas transcurrieron insensiblemente.

Para recuperar el tiempo, el sacristán caminaba a paso largo, pues sus piernas de cincuenta y cinco años eran sólidas todavía. La noche estaba bastante oscura, y en las sombras oíase el murmullo de las olas que se rompían en las rocas; pero Maclou no tenía miedo a los paseos nocturnos. Seguía su camino por instinto y como su cerebro no estaba perturbado por los humos del alcohol, no dudaba de que seguía el buen sendero.

La luna se mantenía oculta por espesas nebulas que empujaba el viento, y por instantes, a través de algún claro que dejaban, percibíase una luz difusa, que iluminaba durante unos cuantos segundos el desierto paisaje y mostraban al sacristán que pisaba siempre la carretera de Plougonvelin.

Sólo el Demonio me impediría llegar, murmuró, y de pronto, añadió:

—Pero ¿por qué hablo en voz alta del Demonio? ¡Malditas las ganas, sin embargo, que tengo de verle!

Maclou no era ni borracho ni cobarde siquiera, cuando se trataba de rentes de carne y hueso; pero supersticioso, eso sí, porque su profesión le predisponía a ello.

Aunque no veía a dos metros de distancia delante de él, prosiguió su rápida marcha por más de una hora. La luna hacía entonces apariciones más frecuentes; parecía jugar a las escendillitas y, desde lo alto del cielo, mojarse del viajero.

—¡Diviértete, hermosa!, masculló el sacristán.

El cansancio empezaba a apoderarse de él; sentóse en el suelo y reposó unos minutos; pero comprendiendo que iba a dejarse vencer por el sueño, ligúlose bruscamente y se apostrofé a sí mismo:

—¡Vamos en marcha, perezozo!

La Tierra se envolvía otra vez en sombras, y Maclou apresuraba el paso. De pronto tropezó con un guijarro.

—Que el demonio me...

Interrumpióse, pero entonces con un calorífico en todo el cuerpo. Una risa indescriptible, una especie de risa sollozante, acababa de dejarse oír en la oscuridad, no lejos de él.

—¡Dios mío, murmuró en voz muy baja el sacristán quitándose la gorra y santiguándose.

La misma risa resonó otra vez, pero tan aguda como ninguna voz humana hubiera podido lanzarla. Y en el mismo instante, surgiendo repentinamente la luna tras los espesos nubarrones, alumbró la tierra con su pálida claridad y ofreció a los ojos de Maclou, azorado, un espectáculo espeluznante.

Frente a él se extendía la pared blanca del cementerio, sobre la cual, aquí y acullá, se destacaba la sombra de los grandes sauces.

A horacadas sobre esa pared, veíase una forma negra. ¿Humana? No; por un instante lo creyó así el espantado sacristán, no obstante que la forma tuviera dos piernas, dos brazos que parecían inmensos y una cabeza cuyas facciones no podían distinguirse.

Y aquel bulto tenía entre sus brazos, apretándola contra el pecho, otra forma no menos fantástica, toda blanca, una mujer livida, de largos cabellos rubios sueltos, envuelta en un sudario.

—¡Jesús, María! tengan piedad de mí!, murmuró Maclou, cuyas trémulas piernas no podían ya sostenerle. Y mientras estallaba una tercera carcajada, victoriosa, el sacristán se desplomaba en el suelo, desmayado.

Transcurrieron algunas horas.

El alba blanqueaba ya el cielo.

La Iglesia de Plougonvelin, de hermosa estilo siglo XV, se destacaba encima del mazo de las habilitaciones. La mayor parte muy bajas y envueltas de heno. Más hacia la izquierda distinguíase una línea azul oscura, un bosque contiguo al parque y castillo de Santa Mónica.

Un aldeano que pasaba, el tío Barré que se iba a su campo muy de mañana, vio el cuerpo tirado y exclamó:

—¡Dios mío! ¿qué es esto?

Acercóse no sin precaución y reconoció al sacristán.

—¡Maclou! ¡Pero no es posible! ¡El nunca se emborracha!

Barré conceña perfectamente a sus paisanos. Así es que el primer pensamiento que habría tenido

en cualquier otro momento al ver a un hombre por tierra, no hubiera sido la de que ese hombre podía estar muerto ó herido, sino ebrio. Pero tratándose de Maclou, la cosa era distinta: el sacristán era notoriamente sobrio.

—¡Ohé, Maclou!, gritó Barré inclinandose encima del cuerpo extendido y sacudiéndolo. ¿Nos hemos muerto acaso?

Un movimiento del desmayado le probó lo contrario, y atontado, el aldeano cogió al sacristán por debajo de los brazos y lo sentó. Esos bruscos manejes acabaron de reanimar al sacristán. Abrió los ojos, pasó en torno suyo una mirada asustada y balbuceó:

—¡Qué terrible aparición!... ¿Estoy todavía vivo?

Barré soltó una carcajada.

—¡Ea, Maclou! ¿Has perdido la brújula? Que el demonio me lle...

El sacristán se irguió como movido por un resorte y cogió el brazo de su interlocutor.

—¡No pronuncies su nombre! gritó. Vas a hacer que vuelva.

—¿Quién?...

—El, el maligno... el que no hay que nombrar.

El campesino abrió grandes ojos. Era un espíritu valiente; leía todos los domingos el suplemento del "Petit Parisien" (por sus grabados) y no creía en aparecidos.

—Se me figura que bebiste, Maclou.

—¡Yo!...

—¡Sí, tú! Y luego te dormiste y soñaste.

—¡Yo!, protestó de nuevo el sacristán. Pero si no me he embriagado por lo menos hace tres años. Todo Plougonvelin lo sabe.

—Eso es verdad, murmuró Barré, perplejo. Entonces no cabe duda: te has vuelto loco.

Maclou protestó también de esa imputación atentatoria contra su dignidad, y refirió su aventura, cuidando mucho de no mencionar el nombre del enemigo de Dios y de los hombres; porque, para él, la duda no era posible: ¡por haberlo nombrado dos veces, le había visto aparecer en la pared del cementerio.

Barré se encogió de hombros.

—Te digo que estás loco, repití. Y para probarlo voy a entrar contigo en el cementerio, y si el diablo fué allí para llevarse a alguna muerta, ya encontraremos sus rastros.

Maclou, pálido como la cera, habría querido resistir, pero el campesino le había cogido del brazo y le arrastraba en su seguimiento.

El cementerio de Plougonvelin tenía una puerta con reja, pero que nunca estaba cerrada. Como decía el sepulturero; los muertos no se escaparían, y si querían escaparse, lo mejor era dejarlos que lo hicieran.

Barré abrió la puerta y penetró valientemente en el cementerio, remolcando siempre al sacristán, cuyo corazón latía con violencia.

—A propósito, preguntó el aldeano, ¿cómo era esa prójima vestida de blanco que se dio cita con el diablo?

—No hay que hablar así, Barré, porque te sucederá alguna desgracia. Es el alma de alguna pecadora que se llevaban al infierno, eso es seguro...

—¡Hum! no tan seguro como crees.

—¡Cállate, ¿cómo era? Apenas la distinguí... Me pareció muy alta, con largos cabellos rubios... ¡Toma, como la señora del castillo!

—La condesa Zedy!... ¡La que entraron ayer por la mañana! Ah, pues sí a mujeres así es a las que debe llevarse el diablo...

do que no hayas visto nada. Sólo que el que viste no era el diablo.

—¿Quién era entonces?

—Tal vez algún ladrón que habrá abierto el ataúd para apoderarse de las alhajas que enterraron con la señora. Esas cosas son frecuentes.

—Sí, pero entonces se habrían conformado con llevarse las alhajas sin cargar con el cuerpo... Además, mira...

Y señalaba al escéptico un objeto brillante, medio cubierto con tierra y que hasta ese momento ni uno ni otro habían visto.

Barré se acercó a la fosa y contempló detenidamente el objeto.

—¿Qué podrá ser?, murmuró como hombre poco familiarizado con adornos de joyería. Diríase una peineta. Bien pudo caer sin que el ladrón lo notara.

De todos modos el problema permanecía sin solución, y Barré fué el primero que pensó en ir a despertar a Baudrec, sepulturero y guardián del cementerio, que habitaba en una casita cercana al panteón.

Grande fué la sorpresa del buen hombre, que reposaba tranquilamente en su cama, cuando oyó ruidos golpes dados en su puerta y dos voces conocidas que le gritaban:

—¡Baudrec!... ¡Baudrec!... ¡levántate pronto! ¡El cuerpo de la señora ha desaparecido!

Completamente azorado, el sepulturero se levantó a abrir en camisa, y su estupor redobló al oír el doble relato de Barré y Maclou, cortado a cada instante por interjecciones.

—¿Pero es posible?, murmuró. Nun-

—No he dicho que... De pronto el sacristán se detuvo, mostrando con el dedo a su amigo, un rincón del cementerio.

Habían atravesado la avenida principal, plantada con sauces y con modestas tumbas de un lado y otro. Al cabo de aquella, extendíase un terreno desocupado, excepto en un ángulo en que aparecía, solitario, un cuadro rectangular de madera ennegrecida del que colgaban algunas coronas. Al acercarse, se veía, tirado en el suelo, un poste guardado con un escudo en que podía leerse:

SEPULTURA PROVISIONAL

Ana María, Condesa de Zedy, nacida Valbertin, muerta el 17 de Mayo de 190... a la edad de 34 años. ¡Rogad por ella!

El poste había sido arrancado del suelo, y éste, ahondado profundamente. Como lluvia rosa y amarilla, cubrían la tierra los pétalos arrancados de las coronas de flores naturales.

Y Barré, que se había adelantado, cediendo tras él al sacristán tembloroso, soltó un grito:

—¡La tumba de la condesa de Zedy está abierta!... el cuerpo ha desaparecido.

Maclou se santiguó, suprema defensa suya en los instantes de mayor peligro, y luego impulsado por una fuerza irresistible se aproximó a la sepultura profanada.

—¿Qué te decía yo?, murmuró, desfallidamente ante el ataúd forzado que había dejado escapar su presa. Es él quien vino a robarse su alma.

—¡Vaya un animal!, respondió Barré. ¿No ves que el cuerpo es lo que han robado?

Esa réplica, a pesar de su amenidad, hirió el espíritu del sacristán.

—Es cierto, dijo, empezando a raciocinar. Sin embargo, yo le vi muy bien a él... Y no vi visiones, puesto que hemos encontrado la tumba abierta.

Tocóle a Barré ponerse pensativo.

—Ciertamente, concedió. No preten-

Pequeñas Novelas

TRADUCCION HECHA ESPECIALMENTE PARA "REVISTA DE REVISTAS."

POR ANDRE COSTALE

ca se había visto cosa igual en Plougonvelin.

Quiso dudar aún, pero sus visitantes le pusieron el pantalón y la chaqueta, pues él ni siquiera pensaba en vestirse, y le arrastraron con ellos.

Ante la fosa y el sarcófago abiertos, tuvo que rendirse a la evidencia.

Una hora más tarde toda la comuna sabía que el cuerpo de la condesa Zedy había desaparecido misteriosamente.

II

UN PUEBLO EN EFERVESCENCIA

Plougonvelin, pueblo situado a diecinueve kilómetros de Brest y célebre por las ruinas de una antigua abadía, cuenta apenas unas mil quinientas almas.

De éstas, una gran mitad aceptaba la versión primitiva del sacristán. Era el diablo, no cabía duda, el que había arrebatado el cuerpo de la condesa. Sin embargo, ésta, muerta rápidamente a causa de una pulmonía, había recibido los santos sacramentos de la Iglesia, y su vida, en Plougonvelin, a donde iba a veranear desde hacía dos años solamente, nunca dió lugar a la más leve murmuración. Pero ¡caso sabe uno lo que puede haber!...

La otra mitad de los habitantes admitía una versión menos sobrenatural. Sea que no creyesen mucho en el diablo, sea que pensaran en que ese personaje no necesitaba para nada del cuerpo, pudiendo contentarse con robar el alma, atribuían prosaicamente a uno ó varios malhechores el rapto macabro.

—¡No pronuncies su nombre! gritó. Vas a hacer que vuelva.

—¿Quién?...

—El, el maligno... el que no hay que nombrar.

El campesino abrió grandes ojos. Era un espíritu valiente; leía todos los domingos el suplemento del "Petit Parisien" (por sus grabados) y no creía en aparecidos.

—¡Yo!, protestó de nuevo el sacristán. Pero si no me he embriagado por lo menos hace tres años. Todo Plougonvelin lo sabe.

—Eso es verdad, murmuró Barré, perplejo. Entonces no cabe duda: te has vuelto loco.

Maclou protestó también de esa imputación atentatoria contra su dignidad, y refirió su aventura, cuidando mucho de no mencionar el nombre del enemigo de Dios y de los hombres; porque, para él, la duda no era posible: ¡por haberlo nombrado dos veces, le había visto aparecer en la pared del cementerio.

Barré se encogió de hombros.

—Te digo que estás loco, repití. Y para probarlo voy a entrar contigo en el cementerio, y si el diablo fué allí para llevarse a alguna muerta, ya encontraremos sus rastros.

Maclou, pálido como la cera, habría querido resistir, pero el campesino le había cogido del brazo y le arrastraba en su seguimiento.

El cementerio de Plougonvelin tenía una puerta con reja, pero que nunca estaba cerrada. Como decía el sepulturero; los muertos no se escaparían, y si querían escaparse, lo mejor era dejarlos que lo hicieran.

Barré abrió la puerta y penetró valientemente en el cementerio, remolcando siempre al sacristán, cuyo corazón latía con violencia.

—A propósito, preguntó el aldeano, ¿cómo era esa prójima vestida de blanco que se dio cita con el diablo?

—No hay que hablar así, Barré, porque te sucederá alguna desgracia. Es el alma de alguna pecadora que se llevaban al infierno, eso es seguro...

—¡Hum! no tan seguro como crees.

—¡Cállate, ¿cómo era? Apenas la distinguí... Me pareció muy alta, con largos cabellos rubios... ¡Toma, como la señora del castillo!

—La condesa Zedy!... ¡La que entraron ayer por la mañana! Ah, pues sí a mujeres así es a las que debe llevarse el diablo...

do que no hayas visto nada. Sólo que el que viste no era el diablo.

—¿Quién era entonces?

—Tal vez algún ladrón que habrá abierto el ataúd para apoderarse de las alhajas que enterraron con la señora. Esas cosas son frecuentes.

—Sí, pero entonces se habrían conformado con llevarse las alhajas sin cargar con el cuerpo... Además, mira...

Y señalaba al escéptico un objeto brillante, medio cubierto con tierra y que hasta ese momento ni uno ni otro habían visto.

Barré se acercó a la fosa y contempló detenidamente el objeto.

—¿Qué podrá ser?, murmuró como hombre poco familiarizado con adornos de joyería. Diríase una peineta. Bien pudo caer sin que el ladrón lo notara.

De todos modos el problema permanecía sin solución, y Barré fué el primero que pensó en ir a despertar a Baudrec, sepulturero y guardián del cementerio, que habitaba en una casita cercana al panteón.

Grande fué la sorpresa del buen hombre, que reposaba tranquilamente en su cama, cuando oyó ruidos golpes dados en su puerta y dos voces conocidas que le gritaban:

—¡Baudrec!... ¡Baudrec!... ¡levántate pronto! ¡El cuerpo de la señora ha desaparecido!

Completamente azorado, el sepulturero se levantó a abrir en camisa, y su estupor redobló al oír el doble relato de Barré y Maclou, cortado a cada instante por interjecciones.

—¿Pero es posible?, murmuró. Nun-

—No he dicho que... De pronto el sacristán se detuvo, mostrando con el dedo a su amigo, un rincón del cementerio.

Habían atravesado la avenida principal, plantada con sauces y con modestas tumbas de un lado y otro. Al cabo de aquella, extendíase un terreno desocupado, excepto en un ángulo en que aparecía, solitario, un cuadro rectangular de madera ennegrecida del que colgaban algunas coronas. Al acercarse, se veía, tirado en el suelo, un poste guardado con un escudo en que podía leerse:

SE PUEDE EN UNA NOCHE

Con las pastillas infalibles del doctor HERSCHEY. Se consigue el alivio casi instantáneo. Durante la estación fría, toda persona debe tener a la mano una cajita de PASTILLAS DEL DR. HERSCHEY PARA CORTAR EL CATARRO. PRECIO: 60 cts. Pídalas de la Droguería más conveniente por correo, de la HERSCHEY MEDICAL CO. Apartado 1102 R.—MEXICO, D. F.

SUDORINA

Polve para evitar el mal olor producido por la transpiración. INDISPENSABLE PARA TODA DAMA O CABALLERO

Puede que esté usted usando algún polvo perfumado, pero por lo regular esas preparaciones al entrar en contacto su aroma con el olor que la transpiración ocasiona, producen un conjunto desagradable para las personas que nos rodean.

Si usted esparciera un poco de SUDORINA en partes tales como los pies, los sobacos, etc., ya no despedirían ningún olor. Después del baño, estrazase usted un poco de ella en todo el cuerpo, y experimentará una sensación sumamente agradable.

Pida usted SUDORINA en la Droguería más cercana, ó mándeme 50 cts. en timbres postales, y se la mandaré a vuelta de correo. Dígase foliote.

R. A. ACOSTA, Apdo. 1102, México, D. F.



ZAPATERIA DEL ELEFANTE

San José el Real número 7. México, D. F. Apartado 2515

La casa que vende más barato de la República

Pidan nuestro catálogo gratis núm. 22. Servimos al día todas las órdenes por correo, ó express C. O. D. ó Reembolsó.

No. 1.
Choclo americano, glacé negro punttera de charol, tacón cubano, muy elegante.
Este modelo marca Fox. \$ 4.90
Este modelo marca Violet. \$ 4.90
Este modelo en color café. \$ 5.75
Este mod. en tacón muy alto. \$ 7.25
Este modelo en charol. \$ 7.00

No. 4.
Bota americana glacé negro punttera de la misma piel ó de charol tacón cubano, suela doble ó sencilla.
Este modelo suela sencilla. \$ 5.00
Este modelo suela doble. \$ 5.25
Este modelo suela doble extra. \$ 5.50
Este modelo en color café. \$ 7.50
Este modelo en charol. \$ 7.50

No. 17.
Bota para Cazadores y Mineros, de becerillo color, doble suela viscolada, impermeable de gran duración.
En 30 centímetros alto. \$ 15.50
En 38 centímetros alto. \$ 17.50
En 46 centímetros alto. \$ 19.50

No. 23.
Barceguí charol forma Gran Madera, muy elegante, cómodo y fuerte.
The Victor Shoe, charol y ml. \$ 7.50
Easy Walker charol y mate. \$ 8.20
Victor en Glacé color café. \$ 7.50
Tenemos esta clase en botones a \$ 7.50 y \$ 8.50, respectivamente.